
MADRE
CAUTIVOS
ETERNA
MERCED
CINCUENTA ANIVERSARIO
PREGÓN EXTRAORDINARIO
1976
CÓRDOBA
2026

PREGÓN EXTRAORDINARIO

CON MOTIVO DEL 50 ANIVERSARIO DE

NUESTRA MADRE Y SEÑORA

SANTA MARIA DE LA MERCED

A CARGO DE

MANUEL JESÚS SÁNCHEZ FERNÁNDEZ

MIGUEL ÁNGEL DE ABAJO MEDINA

JOSÉ FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

FRANCISCO MELLADO CALDERÓN

Córdoba, 19 de septiembre de 2026

SALUDAS

Reverendos Señores Párroco y Vicario parroquial de nuestra, de mi Iglesia de San Antonio de Padua, extramuros de la ciudad y Reino de Ntro. Sr. Humilde y Sacramentado y de Ntra. Madre y Señora Santa María de la Merced. Querida Hermana Mayor y Junta de gobierno de nuestra Venerable, Ilustre y Mercedaria Hermandad Sacramental.

Distinguidas autoridades, Agrupación de Cofradías, hermandades que hoy nos acompañan, familias, amigos hermanas y hermanos cofrades, señoras y señores, muchas gracias por vuestra asistencia y atención.

Gracias a la junta de gobierno de la hermandad por haber confiado en nosotros para este acto, cuyas circunstancias especiales han hecho que ofrezca un formato peculiar mediante un cuarteto de pregoneros, *repetidores de septiembre*, que esperan salir aprobados de vuestra generosa evaluación.

Gracias, y muchas gracias, hermano y amigo Pablo, por tu cariñosa presentación. Tu persona, tu obra y tu atención a esta hermandad sí que merecen un agradecido reconocimiento público.
La Virgen de la Merced no es tan sólo madre nuestra. Hay veces que hasta toma el nombre del lugar donde se encuentra. Por eso, permitidnos que hoy también tengamos muy presente a la Virgen de África y compartamos un abrazo con nuestros hermanos del pueblo de Ceuta. Cuida de todos ellos, Espejo de Justicia y Consoladora de los Afligidos.

I. CUANDO LLEGASTES AL BARRIO Y A NUESTRAS VIDAS

Hace ya cincuenta años que llegaste a nuestras vidas. ¡Quien lo diría! Aunque, la verdad sea dicha, si echamos mano de nuestra historia, ya estabas con nosotros desde aquellos años finales del siglo XIII, en los que el primer mercedario nos trajo tu mensaje de liberación redentora.

Y buscaste un alado mensajero para asentar tu mensaje en nuestra tierra y en el corazón del venerable comendador Fray Simón de Sousa.

Por eso nuestro querido Ángel Custodio te acompaña, ahora y siempre, a la derecha del templete de tu camarín que te cobija.

Y al otro lado, en aquella bella denominación en desuso de "El lado de la Epístola", el gran chambelán de tu sencillo palacio; el bueno de San Antonio, que a tu lado siempre estuvo, desde aquel inicio en la ermita donde volvió a brotar la devoción a tu "religión" y a tu carisma. Allá, extramuros de la ciudad antigua, y junto a tus hijos predilectos, aquellos que cumplían condena por sus actos en la tierra, en la cercana Prisión Provincial que ahora es nuestro vecino barrio de Fátima, volviste a plantar tus reales en nuestra ciudad.

Y hace ya cincuenta años, que te fuiste para la Híspalis hermana y volviste así de hermosa, para seguir enamorándonos y seguir acrecentando el amor a tu hijo Humilde y Coronado, Sacramentalmente presente en nuestras vidas y en nuestros corazones.

Y desde entonces, presos entre tus manos que forman esas rejas benditas, en los que estamos seguros y al amparo de los vaivenes de los males de este mundo, seguimos gozosa y perpetuamente, por amor, encadenados.

Y ya todo fue diferente, todo cambio de repente. Y brotaron lozanos en los arriates de tu reino, frondosos rosales fragantes que pintaron de blanco infinito los hábitos de tus hijos, hermanos y herederos de tus frailes mercedarios. Estos a los que, por concesión del Capítulo General de la Orden de Ntra. Sra. de la Merced y la Redención de los cautivos, ostentan, por derecho propio e intransferible, el gozo de las gracias y beneficios espirituales que la misma nos otorgó, según consta, en el documento acreditativo, y en los corazones de todos y cada uno de nuestros hermanos, siendo los únicos e intransferibles herederos universales de la Merced cordobesa.

Y así fue, como en esa trinidad fraterna e ilusionada de D. Jesús, Rafael y Manuel, y en aquel pequeño despachito de la entrada, que el espíritu de Dios bajó sobre la madera inerte y la cubrió con su bendición, recuperando, desde ese instante el latido del corazón que nos da la vida en nuestro pecho enamorado.

En ese instante todo se hizo primavera eterna, igual que cuando subes a tu palio para cerrar el invierno de carnes tolendas y fríos chaparrones. Los mismos que se tornarían en aguas de fe que regaron aquellos arriates de buena simiente redentora; Y así crecieron a cientos y miles, rosas, claveles y nardos,

para poderlos recoger en gavillas de amor, y, ponerlos a tus pies en tu besamanos extraordinario de cada 24 de septiembre, cuando todo el pueblo te canta y te reza. Unos por los que están y mas lo necesitan porque andan presos de las cárceles de este mundo, y otros por aquellos que empezaron el camino de la gloria para llegar a tu lado.

Por eso ¡Virgen mía! tu besamanos de cada 24 de septiembre es, paradójicamente, extraordinario, aunque se celebre cada año, porque trasciende lo posible, de lo humanamente ordinario.

Hoy, sin embargo, todo es distinto de aquellos primeros años. Fuimos llegando nuevos hermanos, y ya superan el millar los corazones en los que late la fe en tu religión; la sangre roja sobre el blanco marfileño de sus almas blancas. O alabando tu pureza a las puertas de tu casa, con cornetas y tambores y sus ojos llenos de lágrimas, de esa banda de Coronación que son los ángeles de la guarda tras el paso de tu Hijo, nuestro Rey y Señor, Soberano Señor de los sencillos y humildes, y de los mansos de corazón, de los que es desde su consagración como templo del Zumbacón, el Reino de los cielos en San Antonio de Padua.

Hoy tu cuarto voto ha brotado, y el barrio entero es un revuelo de capas blancas, aunque sea principio de otoño, y tus hermanos pasean con señorío y orgullo inusitado tu divina realeza por la Córdoba extramuros, y también por la que te quiere desde dentro de las viejas murallas, esas que no nos separan, sino que nos hacen fuertes en la devoción de la vieja ciudad, en la sangre joven de la nueva. Esa devoción que se extiende hacia levante por donde sale el sol de tu mirada.

Por eso Madre y Señora te aseguro que estamos todos…

¡Míranos! Aquí estamos.
El que enarbola orgulloso
la dulce y vibrante corneta
y el que redobla con gusto,
sobre el parche, las baquetas.

Y el que coloca alfileres
en las blondas de tu pecho
como luceros brillantes
robados al mismo cielo.

Y los niños de la Cruz Blanca
que por la hora no han venido
están despiertos en casa,
como angelitos cautivos

de los ojos de tu cara,
tras las rejas de un suspiro.

Y tus hijos, Madre, tus presos
que de Amor están prendidos
en la cárcel de tu pecho
por su ruego, arrepentidos
te cantan por carceleras
en un *quejío* dormido.

Y en un revuelo de tocas,
Blanco Amor del Santísimo,
las monjitas del Colodro
disfrutando del momento,
diálogo de vírgenes
junto a la Virgen del cielo.

Por no faltar, ni nos faltan
aquellos hijos que un día
entre cantos de esperanza
ascendieron a tu Gloria
para quedarse en tu casa.
Hoy, bajaron del cielo
para besarte en la cara,
como hacen cada día
al despertar la mañana.
Y ese pañuelo bordado,
de suspiros y de lágrimas
de rezos y de piropos
con que te enjugan la cara
lo han dejado en tu mano
y están aquí, a tus plantas.

¿Lo ves Madre? Estamos todos,
como cada madrugada,
como cada tarde y noche
del día de tu onomástica.
O el Lunes Santo glorioso,
o cualesquiera jornada
para decirte un piropo,
unidas nuestras gargantas.
Para que el orbe lo sepa

que eres nuestra esperanza,
Madre de vida y dulzura,
Comendadora admirada,
faro de sol en la noche,
y Aurora que nunca se acaba

Ciertamente como dice el apasionado verso estamos todos. Los que hoy tenemos la dicha de estar aquí, compartiendo este momento de emoción y de gratitud. Pero también están los ausentes, aquellos que ya no pueden acompañarnos con su presencia y que, sin embargo, siguen estando entre nosotros de la manera más hermosa: en la memoria, en el recuerdo y, sobre todo, en esta devoción que ellos ayudaron a sembrar. Y quizá este cincuentenario sea también un buen momento para mirar atrás y detenernos en aquellas personas de la Virgen a las que, de una manera u otra, debemos el comienzo de esta historia.

II. LAS PERSONAS DE LA VIRGEN

Hay nombres que no se dicen en voz alta, pero que laten. Nombres que no hacen falta pronunciar porque viven ya en un lugar más hondo que la memoria. En la hermandad de la Merced, esos nombres no pertenecen al pasado. No están donde los ojos buscan, pero sí donde el alma reconoce.

Hay personas a las que se les debe, en silencio y con gratitud profunda, el nacimiento y la permanencia de una devoción. Personas sin las cuales la fe no habría encontrado cauce, ni la hermandad habría tomado la forma que hoy conocemos. Hay nombres que no solo sostienen una historia: la inician, la impulsan, la hacen posible.

La hermandad sigue caminando, sin saberlo sostenida muchas veces por manos que ya no se ven. Así, Rafael Rodríguez Nogueras sigue estando, con su peculiar manera de pertenecer. Está también don Jesús Fernández Palomo, pastor cercano, de palabra limpia y fe sin artificio. Pero también, siguen estando quienes entregaron tardes enteras bajo el sol de mayo, levantando cruces entre macetas y mantones, colgando farolillos mientras la tarde olía a jazmín y a tierra recién regada. Están quienes trabajaron en las ferias y en las verbenas, en el ruido alegre de las barras improvisadas, en el cansancio de las

madrugadas recogiendo mesas y contando monedas que, una a una, terminarían convirtiéndose en encajes, en bambalinas, en bordados y en sueños para la Virgen.

Personas, que sin apenas darse cuenta, fueron construyendo mucho más que un patrimonio. Levantaron una forma de entender la devoción, una herencia invisible hecha de esfuerzo, fraternidad y entrega. Porque las hermandades no se levantan solo con tallas, bordados, incienso o flores. Se sostienen sobre personas que hacen de su tiempo una ofrenda y de su devoción una forma de vida. Y entre todas estas personas que conforman la historia de la Virgen de la Merced, permanece con una luz particular nuestro querido y recordado fray Ricardo de Córdoba.

Fray Ricardo no fue solo presencia fiel ni centinela silencioso de la Virgen de la Merced: fue también alma artística de la cofradía, corazón creador que supo traducir la fe en belleza, y la belleza en camino hacia Dios. En su forma de ser habitaba la capacidad de ver lo invisible y de hacerlo forma, de convertir lo espiritual en algo que pudiera tocarse, contemplarse y vivirse.

Fue de esos sacerdotes que no se limitan a custodiar lo sagrado, sino que lo hacen florecer. Gracias a su entrega, a su sensibilidad y a su manera de entender que el arte también es una forma de fe, hoy en San Antonio de Padua se guarda un trocito de cielo.

Y ese cielo tiene nombre: Santa María de la Merced.

En Ella se hace visible lo que tantas veces solo puede intuirse: la cercanía de lo eterno, la calma que no se agota, la belleza que no se desgasta. No es solo una imagen, ni solo una devoción; es presencia que abraza, es luz que permanece, es cielo hecho cercanía.

Por eso, en San Antonio de Padua, cuando se mira a la Virgen de la Merced, no se está mirando solo una obra o una advocación. Se está entrando, sin saberlo, en ese trocito de cielo que fray Ricardo dejó como herencia viva.

Porque lo que él soñó con fe, hoy permanece con vida. Y lo que él cuidó con alma, hoy sigue alumbrando el camino de la hermandad...

No hubo hábito más vivido,
ni más gastado en penitencia,
que el tuyo, fraile de pasos largos
y alma encendida.

En tu mano, firme,
la vara alzada,
coronada por la Purísima,
luz intacta en medio de la noche,
estrella que no se apaga
aunque tiemble la fe del mundo.

Dicen, y se quedan cortos,
que no hay cofrade
con más estaciones a la espalda,
con más madrugadas prendidas en la mirada,
con más versos elevados al aire.

Porque tú, ibas dejando huellas invisibles
en cada homilía,
en cada calle,
en cada esquina donde el incienso
se enreda con la memoria.

Y fue en mayo…

cuando Córdoba rompía en colores,
cuando las rejas florecían
y los patios se desbordaban de geranios,
cuando tú, en silencio,
te recogías para siempre
en el abrazo eterno del Padre.

Te fuiste sin decir adiós

pero no hizo falta.

Porque hay despedidas
que serían mentira,
y ausencias
que no saben marcharse.

Porque nunca te has ido.

Te quedaste aquí, en lo que no muere,
en lo que no entiende de finales,
en lo que permanece
cuando todo parece marcharse.

Te quedaste para siempre,

en el eco interminable
de las cadenas
de tu Virgen de la Merced,
que parecen sonar como oración antigua
que nunca termina.

Te quedaste prendido,

en la seda que susurra su nombre,
en la caricia leve de su manto
que guarda entre sus pliegues
la memoria de tus manos.

Te quedaste bordado en oro,
en cada hilo paciente de su palio,
como si el tiempo, rendido,
hubiera querido detenerte allí,
para que nunca te fueras del todo.

Te quedaste, en su tocado…
sí, también en su tocado,
donde la luz se enreda
y el aire parece rezar en silencio,
ahí vivirás,
entre alfileres, encajes y suspiros,
como una presencia leve
que no se nombra
pero se siente.

Porque hay almas,
que no saben marcharse,
que se quedan prendidas
donde amaron de verdad.

Y tú te quedaste aquí,
en la Virgen de la Merced,

en su saya,
en su manto,
en su tocado,
en su palio…

como un latido escondido,
como un eco eterno,
como una oración que no termina.

Y sigues aquí,
en cada Lunes Santo que amanece,
en cada golpe de llamador
que rompe el silencio,
en cada corazón cofrade
que aprende a latir contigo.

Sigues aquí,
en San Antonio de Padua,
en tu hermandad que no te olvida,
siempre al lado de la Virgen,
como centinela fiel de su verdad,
como llama encendida que no deja de arder.

Y cuando el cielo se abra despacio
y Dios pronuncie tu nombre otra vez,
alzarás firme tu vara en lo alto,
junto a tu Virgen de la Merced.

Y allí, bajo un palio de estrellas,
donde no existe el ayer ni el después,
seguirás guiando caminos eternos,
como siempre supiste hacer.

Y en la gloria, cuando la mires,
con la fe que nunca dejaste caer,
le dirás, quedo, como en la tierra:
contigo siempre contigo,
contigo Merced,
"hasta el final contigo".

III. LA VIRGEN EN LA CALLE

Las puertas de la gloria se abren, para que la Virgen baje a las calles cada Lunes Santo. La Virgen de la Merced ha conocido la noche oscura y el temblor del amanecer, el crepúsculo cárdeno y el suave resplandor de la aurora…El volcán del sol y la frescura del rocío la han pintado en estampas únicas, en fotografías exclusivas y singulares.

Siempre ha sido valiente, cuando dejó el paso de ruedas por el de costaleros, disolvió el temor a los recorridos a costal.

Y si valentía fue alzarla a costaleros, valentía fue explorar la Madrugada del Viernes Santo hasta la catedral contra viento y marea, contra el suelo minado que le puso la Agrupación. Como hermandad sacramental y de Iglesia, lo consecuente era rezar al Santísimo en la cátedra de la diócesis, en la vigilia eucarística de monumentos y sagrarios del Jueves Santo. Esa noche santa, en que la Iglesia no duerme, la noche más sacramental, fue, para la Hermandad sacramental, vigilia eucarística. Noche en la que surgió la Semana Santa, mientras que Cristo madrugaba en el Huerto de los Olivos, siendo prendido, juzgado y torturado. Noche en que la Virgen madrugó y veló también, siguiendo el itinerario de escarnios de su hijo.

La Madrugada mercedaria fue una luz en la oscuridad entre el silencio y el luto de dos cofradías de luto y silencio, recompensado con el sol de pan blanco, brillante, en la custodia de la catedral y con momentos únicos envolviendo a la Virgen: el azul cobalto de la madrugada, la plata en la luna llena y la pedrería de estrellas en la noche, dieron paso a la bruma rosada del amanecer y a la triunfante claridad del sol a la hora del *Ángelus* entre salves, *Campanilleros* y campanas en rompimiento de gloria para recibir a la Merced.

Pero la Virgen no es un día de salida, todo el año lo inspira y lo sostiene ella ¡Bienvenidos al septiembre mercedario!: rosario, besamanos y triduo, ese triduo que sabe a poco porque la Merced tiene vocación de Patrona en su barrio y "la patrona verdadera, no es de triduo, es de novena". Y como Patrona la recibió el barrio en la gloriosa procesión de septiembre del Año Santo Mariano de 1987, triunfante de nardos, armónica entre la música de la Cruz Roja de Sevilla y radiante con la blancura, por primera vez en el paso, del manto brocado que le regaló fray Ricardo.

Por eso, como Patrona la acompaña el barrio cada Lunes Santo agolpándose en las aceras, y ella, entre la blanca escolta de sus nazarenos lo inunda de gloria y alegría.

Pero el barrio de hoy es muy distinto al de hace 50 años: nuevos vecinos y acentos lo habitan, aunque todos caben bajo la maternidad de su manto. El paisaje del barrio y la sociedad han cambiado mucho. La secularización y descristianización se han extendido, son buena parte de la cultura y el oxígeno

del siglo XXI, encandilado por el culto a las pantallas y su chute de redes, algoritmos y emoticonos.

Este es el ambiente cultural en el que arrancan, ya, los próximos 50 años de la hermandad y el reto de mantener y acrecentar la devoción a la Virgen. En el horizonte se quiere vislumbrar una hipótesis de coronación canónica, pero no basta con imaginársela. Antes hay mucho que sembrar, regar y cultivar en el campo del culto, la caridad y la cultura para que la cosecha fructifique en forma de corona canónicamente cincelada por la devoción popular. Así se podrá responder a la descristianización cultural, que la Virgen se encuentra el Lunes Santo cuando sale a la calle, porque la Virgen sale a la calle para cristianizar, no para ser el adorno turístico de una bonita tradición, ni un bello estilismo de encajes y princesitas.

Por eso, el lunes es santo, y será santo también el próximo 17 de octubre, día de su salida extraordinaria, porque son jornadas para la evangelización. Las colgaduras y guirnaldas que prende el grupo joven piropean a la Virgen desde los balcones. Las miradas se recrean en su rostro bellísimo, en cada detalle de su faz, los tonos esmaltados de su piel, las rojeces hirientes del caudal de lágrimas, el brillo azabache de sus ojos, esos ojos negros, asombrados ante el dolor de la corona de espinas. Qué distintos y a la vez cuánto se parecen los ojos del Señor y los de la Virgen. No hay dolor en los ojos de Cristo, porque son ojos abrazados al Padre.

Los ojos de la Virgen, en cambio, igualmente abiertos, plasman el asombro, el espanto ante la crueldad, tienen la mirada del salmo: "Desde lo hondo a ti grito y grito y grito Señor". Los ojos negros de la Virgen de la Merced, a la sombra de su palio blanco, se duelen bajo las cadenas que apresan al hijo y tiemblan ante las rejas que le esperan. Cadenas y rejas, traspasadas por la luz de la tarde, hacen de su palio una prisión en la que el varal es cancela, en cuya cima penden las cadenas vencidas por la redención de San Pedro Nolasco en las mazmorras, esas mazmorras que son los respiraderos del paso, bajo cuya tiniebla se vislumbran los ojos anhelantes de los presos del costal, cautivos del amor a la Virgen. La Virgen se sabe presa, pero consolada, porque el barrio ha convertido la prisión de su palio en una cárcel de amor. Por eso cada *levantá* es un te quiero, cada *chicotá* acerca el amor de la Virgen a las gentes que la han esperado, sedientas de sus mercedes, en la estrechez de San Zoilo, en la fragancia de los jardines de la Merced, en el auto sacramental del Colodro, en las esquinas y plazas… O a la altura de sus ojos, el 24 de septiembre, cuando nos deja besar su mano…

¿Qué puedo ofrecerte, yo,
mientras te beso la mano?

Te han puesto flores, incienso,
cera pura, oro y plata.
¿Qué puedo ofrecerte Madre,
para que estés aún más guapa?
¿Quieres la luz de la tarde,
de tanto sol ya dorada?
¿Acaso un rayo de luna
reflejándote la cara?
¡Que hermosa estarías así
regada de luna clara!
matizando tus mejillas
el resplandor de las lágrimas.

¡Pero no!, ¡no quiero verte
en este día con lágrimas!
Que quiero que seas la risa,
la libertad en el alma,
el huracán que arrebate
las miserias enterradas.
¡Ya sé que pondré, Señora!
la voz rota que te canta
saetas de cárcel y angustia,
o piropos como nácar.
Te pondré la melodía
de música acompasada,
para que abanique el palio
la amargura de tu cara.

Mas, todo esto brilla y pasa,
suena…
… y se extingue con el alba…

Hay que ofrecerte algo más,
algo que a mí más me valga,
frágil y duro a la vez,
bello y ruin, cruz y cara.
Te pondré mi corazón,
al ladito de tu saya,
oculto bajo tu manto,

latiendo al son de las marchas
y "acurrucao" junto a Ti
te rezará mil plegarias;
porque un corazón rendido
es…
¡Lo que a ti te pone guapa!

IV. LOS COSTALEROS DE LA VIRGEN

Ay septiembre, septiembre. Septiembre nuestro, septiembre de Ella.
Pero es que llega otro mes y estamos en las mismas. En las mismas, y en la misma. Aunque noviembre bien sabe quién manda en esta casa, el fruto de tu vientre, Jesús, el rey predilecto, nuestro Humilde Rey Coronado de Espinas. Como en todo el calendario, y no sólo en junio, lo hace su Divina Majestad, el Amor de los Amores, el que siempre está aquí y allí, el que habita en el sagrario, en su particular y sacramental *casita de hermandad*. El que nunca nos deja solos, ni tan siquiera necesita restauración. Cuestión de predominio, cuestión de prioridad. Cuestión de ser ...nuestro primer titular.

Cuestión de venida, cuestión de presencia, cuestión de *aparición*. Como cuando allá por 1976, desde el taller de Francisco Buiza, o desde el cielo, -que aún no nos queda claro-, de forma coloquial, formal y espiritual, *se nos apareció la Virgen,* provocando toda una nueva merced de alegría y felicidad en sus hermanos. Una locura, para un grupito de locos, de locos por ti y animados por nuestros inolvidables Rafael Rodríguez Nogueras, Fray Ricardo y D. Jesús. La bendita locura de soñar que, si ya te habíamos visto llegar, nos quedaba el verte andar.
Y así fue y así pasó. Soñado, dicho y hecho. Manos a la obra ...y a la trabajadera rebrotada de un chasis. Nunca he visto una ilusión y una intención más grande en una cuadrilla tan chica. En pleno agosto cordobés de 1977, la primera *igualá*, -que entonces ni conocíamos tal denominación- y los primeros ensayos. Aquella cuadrilla, o pandilla, no superaba los catorce. Si la fe mueve montañas, aquella incipiente fe costalera mercedaria fue también capaz de empezar a mover los pasos. Todos empezaron siendo pateros y costeros, no era señal de privilegio, sino de rotación, obligación y necesidad, de resistencia y supervivencia. No dábamos para más, si acaso, un fijador para los del zanco, que por entonces tan sólo eran patas. Si veintidós ensayos son, y pueden parecer muchos, aún mucho más era lo que nos quedaba por aprender. Seguir

necesitando y seguir creciendo, razón que aún prevalece para seguir ensayando.
Y de aquellos barros, ...estos bien igualados ladrillos y estos muros consistentes que hoy, gracias a Dios y gracias a aquellos locos y atrevidos y a estos más sensatos y mejor formados, disfrutamos. Tan maravilloso y valioso fue aquello, como ahora lo continúa siendo. Basta con que, a esta abundancia numeral y artística, se le sume la pasión, la pertenencia y la perseverancia de aquellos que nos pusieron en el camino. Entonces y así, seguiremos siendo lo que siempre fueron, humildes servidores y orgullosos costaleros valientes de nuestra hermandad y de nuestra Señora y Madre, Santa María de la Merced.

Ciñe con honor la faja de los años,
costalero mercedario.
Viste de etiqueta tu trabajo,
viste de orgullo y alegría,
que tenemos confiado
un *agasajo*.

Que nos queda pendiente
andar tranquilos.
Que nos queda encomendado
un gran regalo.
Que ya estamos deseando
andar contigo.

Que tenemos pendiente
andar por casa
Que queremos andar
todos a Una.
Que tenemos que arder,
avivar la llama,
y con ella, y contigo,
inflamar,
prender a un barrio.

Que celebra,
la Reina más preciosa de los cielos.
Que celebra,
la Señora más guapa de la casa.
Que celebra,

la vecina más bonita de este barrio,
la llegada a esta *prisión de sus quereres*,
su presencia y su amor
cincuentenario.

No olvidarse, costaleros mercedarios
de aquellos sueños juveniles,
aquella plaza,
aquellos cuellos malparados.
De una ropa y voluntades
"sin medida".
No olvidarse de un comienzo,
aquel verano.

No ignorar, costaleros,
al *Bartolo* y aquel *toro*,
su lealtad y fidelidad por esos *bajos,*
al cansancio y las fatigas sin relevo,
y a una marcha que sonaba
a *seis por cuatro*.

Ahora toca disfrutar con el presente
con la misma, o diferente vocación.
Ahora tocar hacer lo mismo,
y a la misma,
la de antes, la de ahora,
la de siempre,
Merced nuestra,
costalero, por amor.

Ni el de ahora ni el de antes
la llevaron,
Ni anteriores, ni después,
llevar podrían.
Tú le ofreces el son de tus pisadas
y Ella otorga su gracia en las caídas.
Tú le pones el camino, Ella el sentido.
Tú el esfuerzo, corazón,
Ella caricias.
Tú el sudor, el costal,
el dos por cuatro,
Ella el manto,

que protege a su cuadrilla,
el pañuelo
que te enjuga la fatiga.

No la lleves, ¡déjate!,
ponte en sus manos.
Siempre Ella.
Siempre Ella,
la que siembra la semilla.
¡Siempre es Ella,
la que lleva a su cuadrilla!

Para una Madre,
el mismo amor
en alpargatas,
el mismo amor,
con pico y con relevo.
El mismo amor de Madre,
revirando,
el mismo amor, Merced,
pañuelo al cuello.
Andando nuestra vida
siempre al frente,
fijando nuestras caídas
en los costeros,
haciendo siempre amigos
en la *corriente*.

Nos queremos como entonces,
como ahora, como siempre.,
Hasta el final, Merced, contigo,
¡tus cautivos!,
¡tus amantes costaleros!

Una vida junto a ti,
extraordinaria.
A tus plantas, a costal,
extraordinaria.
Terno negro, frente a ti,
extraordinaria.
Costal viejo, ropas nuevas,
extraordinaria.

Tu cuadrilla, bien reunida,
todos juntos.
Por igual, a ésta es,
Cincuentenaria.
Medio siglo caminando
a tu Merced.
Y en octubre, ahora y siempre,
por los siglos,
Libertad de andar contigo,
Redentora.
Dios te salve, Madre nuestra,
¡EXTRAORDINARIA!

Extraordinaria…, como también lo es extraordinaria la vinculación de la hermandad con la Prisión, una historia tejida durante años entre la Virgen de la Merced y aquellos que, aun privados de libertad, han encontrado en Ella consuelo, esperanza y una mirada de Madre. Todavía recordamos con emoción, en estos fastos de tu aniversario, aquella última visita a la Prisión y la emoción de los que cumplen condena y al final llegabas a la conclusión de que quizás seamos los que estamos fuera los que estamos mas presos de nuestros desamores en nuestras vidas. Por ello aún permanece en nuestra memoria la mirada de los privados de libertad al encontrarse con la bendita imagen de la Redentora de cautivos.

V. REDENTORA DE CAUTIVOS

La Madre del preso se llamaba Mercedes, en el nombre ya resonaba una vocación. Además, residía en las cercanías de un presidio… Por eso, una intuición muy especial inspiró a quienes, a modo de fraternidad, se fueron reuniendo alrededor de ella, a la que desde el principio sintieron como Madre adoptiva y a la que acabaron llamando Merced.
Los libros antiguos estaban cargados de pasajes que redundaban en el significado del nombre de Mercedes, en plural, o Merced en singular. En las páginas de esos venerables textos había cientos de historias de cadenas y rejas, de prisiones y cautiverios, de éxodos y deportaciones, de esclavitud, en definitiva, pero también de libertad. Y es que las sagradas caligrafías de esos libros eran la Palabra de Dios, y como el Dios de la Palabra, cuando se hizo

carne y habitó entre nosotros también estuvo preso, valoró mucho que lo visitaran en la soledad del *chabolo*, tanto, que esas visitas, según dijo, serían muy tenidas en cuenta en el baremo final, del punto y final, al final del todo...

- "Venid, benditos de mi hijo, porque mi hijo estuvo preso, y fuisteis a visitarle".
Y respondieron los inocentes:
- "Pero Señora, ¿cuándo fuimos a ver a tu hijo preso?
Y la Señora respondió:
- "Venga, venga, pasad, quitaos de la cola, que ya entenderéis muy pronto"
Y así, los inocentes, al entrar al Paraíso, *hasta el final con ella*, se le abrieron los ojos y comprendieron qué quería decir la Señora.
Mientras tanto, en la otra cola, los listillos intentaban colarse con cara de ovejitas que entre *beee* y *beee…* decían amén, bebiendo agua bendita para aclararse la voz, y ya se sabe, que de lo que se bebe…

- Señora, aquí estamos *hasta el final con vos*, *beee…* ¿podemos pasar?, amén. Mirad, os traemos a vos estos encajes de Bruselas, *beee*… esta cera rizada y estos nardos fragantes, *amén, amén, amééénnn…*

- Alto ahí, porque mi hijo estuvo preso y no fuisteis a visitarlo, estaba hambriento y en ayunas se quedó, desnudo y… ¡cómo tiritaba de frío! … En fin, eso quiere decir que aquí no sois conocidos, por lo tanto, llevaos vuestros regalos allí abajo, donde hace más calor que en Córdoba, que ya es decir.

- Pero Señora, *beee*… os traemos también, para vos, esta saya bordada, *beee…* mirad que maravilla, de un anticuario, del siglo XVIII…

- "¿Otra saya? Pero si me acaban de regalar una preciosa un grupete de jovenzuelos, y de mayores también, por mi "50 cumpleaños" (¡sí, sí, 50 años! eso dicen ellos, ¡qué ingenuos! piensan que quitándome años me complacen… ¡ay, cómo son los cofrades…!)

Desde la Edad Media hasta hoy, 19 de septiembre de 2026, este es el carisma de la Virgen de la Merced. La hermandad lo celebró en 2018 al cumplirse 800 años de la fundación de la orden mercedaria, con procesión triunfal desde la iglesia de la Merced. La Virgen, blanca y zurbaranesca, monjil y gloriosa entre arbóreos de plata, cristal y fuego, iluminó de hermosura el oro bruñido del retablo, coloreó las barrocas policromías de las fachadas y entre multitudes recorrió las calles hasta San Antonio porque había mucho que celebrar.
Celebrar un carisma cuya fecha de concepción, dos de agosto de 1218, dio origen a la fiesta de la Descensión de la Virgen, en memoria de la escucha obediente de San Pedro Nolasco a la llamada de Santa María para que iniciara la redención de sus cautivos. Escena esencial en la historiografía mercedaria y escena central que, en este mismo lugar, teatralizó *Vuesa Merced*, siendo actriz principal y protagonista la mismísima imagen cuyos 50 años de liberación y maternidad festejamos hoy.

Esa maternidad la sienten los presos y la Pastoral Penitenciaria cada vez que cantan el himno, escrito entre las rejas, "Virgen de la Libertad". Las estampas, las fotos de la Virgen de la Merced son abundantes en sus *chabolos*. Esas estampas mantienen vivas las visitas que la Virgen hacía en su Rosario de la Aurora cuando la cárcel estaba cerca. Rosario de la Aurora que, este año, los *Hermanos de la Aurora* de Priego, con sus centenarias y bellísimas plegarias cantadas, regalarán a la Virgen un testimonio del amor vivo del pueblo, a la Madre de Dios y Madre nuestra.

VI. CINCUENTA AÑOS CONTIGO

La Madre que todo lo da, la que nunca abandona, la que cura heridas sin preguntar por causas, la que rompe cadenas sin hacer ruido. La madre de la libertad, de la ternura, del perdón. La que sostiene sin imponerse, la que acompaña sin exigir, la que permanece incluso cuando todo lo demás parece desvanecerse.

Y hoy, al celebrar el cincuenta aniversario de tu llegada a nuestra parroquia y hermandad, la emoción se agiganta. Medio siglo… y sin embargo parece que hayas estado desde siempre. Cincuenta años en los que tu mirada ha recorrido las mismas esquinas, ha consolado los mismos miedos y ha alumbrado las mismas esperanzas. Has sido testigo de nacimientos y despedidas, de alegrías desbordadas y noches que parecían no terminar nunca. A lo largo de estos cincuenta años, tus manos abiertas han recogido súplicas, plegarias y agradecimientos que brotaban desde lo más profundo del alma.

Las calles de tu barrio, esas por donde pasas majestuosa cada Lunes Santo, han visto crecer tu devoción como crece el árbol que encuentra tierra fértil. Lentamente, sin hacer ruido, pero con raíces firmes y un vuelo cada vez más alto. Quizás, en estos cincuenta años, hayan cambiado las fachadas, han cambiado los vecinos, ha cambiado el pulso del barrio… pero lo que nunca ha cambiado es esa corriente de fe que se desencadena al pronunciar tu nombre.

En este cincuentenario, Madre, sentimos que no solo celebramos años: celebramos vidas tocadas por tu presencia. Celebramos las generaciones que han aprendido a amarte como se aprende a respirar: sin darse cuenta, pero sabiendo que sin ello no se puede vivir. Celebramos los hombros que te han

portado, los corazones que se han estremecido ante ti, las voces de tantos que te han cantado, las oraciones que se han elevado con la voz rota, pero con la fe intacta. Celebramos que, durante medio siglo, has estado en el centro mismo de nuestras familias, nuestras casas, nuestras penas y nuestras alegrías.

Y aun así, pese al tiempo, pese a los cincuenta años de camino compartido, cada nueva mirada hacia tu rostro, cada Lunes Santo, cada septiembre nos hace sentir que todo vuelve a comenzar. Que tu luz vuelve a derramarse como si fuera la primera vez. Que tu presencia nos renueva, nos purifica, nos devuelve a lo esencial.

Porque todos los caminos inevitablemente nos llevan hacia ti. Pero hoy, al cumplirse cincuenta años desde que llegaste a nuestra hermandad, comprendemos que esos caminos los has ido trazando Tú, Tú has ido moviendo los hilos. Cincuenta años en los que no hemos caminado solos. Cincuenta años en los que tu Merced ha sido faro, abrazo y guía.

Cincuenta años, Señora,
Cincuenta inviernos y estíos,
cincuenta lunas de plata,
medio siglo del alma
que al verte pasar se para.

Desde aquel primer suspiro
en que el barrio te miraba,
hasta este tiempo que corre
con prisas y sin palabras,
tú sigues siendo el consuelo,
la sonrisa que no falta,
la luz que enciende las noches
cuando el dolor nos acalla.

Virgen Santa de la Merced,
Reina blanca libertadora,
Madre del preso y del libre,
de la pena y la esperanza.
Eres Merced y eres cielo,

eres refugio y eres calma,
eres promesa cumplida
y caricia que no pasa.

Yo te he visto entre varales,
bajo el rumor de la marcha,
cuando el aire se arrodilla
y el incienso se levanta.
Te he rezado entre silencios,
te he llorado en la distancia,
y al oír sonar tu nombre
se me ha encogido el alma.
Porque un cofrade mercedario,
no ama solo por nostalgia:
ama porque en tu mirada
la vida entera se guarda.

Cincuenta años contigo,
¡qué poco parece el tiempo!
Si cada amanecer tuyo
es un trozo del firmamento.
Si cada lágrima tuya
es bautismo y sacramento.

Cincuenta años de vida,
de devoción sin remedio,
de abuelos que ya se fueron
y nietos que hoy van de nuevo.

Cincuenta años de historia,
de amor que nunca envejece,
de costaleros rendidos,
de promesas en los rezos,
de saetas que se clavan
como espinas de silencio.

Y ahí estas tú, Reina mía,
con tu talle de palmera,
con tu mirada serena
y tus manos de poesía.
La luna, celosa, te mira,
el aire se hace plegaria,

y el tiempo, que nada puede,
se detiene ante tu gracia.

Porque no hay tiempo que apague
la luz de tu mirada,
ni cincuenta, ni mil años,
ni tormentas, ni distancias.
Tú seguirás siendo Madre,
Consuelo, Merced y Gracia,
y este cofrade rendido
seguirá amando tu estampa.

Y cuando llegue mi hora,
y mis manos no puedan alzarte,
ni mis labios te puedan rezar,
que me busquen, Madre mía,
en la blancura de tu manto,
en el vaivén de tu palio,
allí donde suenen tus marchas,
donde el aire te haga danzar,
allí estará mi alma entera,
mirándote, sin hablar.

Cincuenta años contigo,
Reina de la libertad,
y ojalá sean cincuenta más
de soñarte, de rezarte,
de quererte hasta el final.

Te juro, Virgen bendita,
que cada año que pasa
te quiero con más ternura,
te rezo con más templanza.
Y aunque el cuerpo envejezca,
mi fe nunca se cansa,
porque en ti puse mi vida,
mi corazón y mi casa.

Verdaderamente, Santa María de la Merced es el pilar de nuestras casas, y refugio seguro en nuestras azarosas vidas. Ella habita en nuestros hogares, pero también en lo más profundo de nuestros corazones. Por eso, cada mes de septiembre, todos los que formamos parte de su bendito reino, lo tenemos meridianamente claro, y por ello nos postramos filialmente ante Ella. Porque no hay septiembre sin su presencia, ni corazón mercedario que permanezca indiferente cuando llega su mes. Septiembre es… volver a Ella, mirarla y sentir como Ella te mira y saber que en ese instante todo cobra sentido. SEPTIEMBRE ES… MERCED Y PUERTA DEL CIELO.

VII. SEPTIEMBRE

Nuestra querida Hermandad de la Merced, de la que siempre estamos y estuvimos enamorados, gracias a ti Madre y Merced, a tu Hijo, Humilde y Coronado y a todo un Dios sacramentado, recogidos en altar, en sagrario y en capilla, recibidor y antesala de paso indispensable, para atracar con éxito y coherencia en el buen puerto de nuestra casa y vida en hermandad.

A tu servicio, que siempre será muy inferior al recibido. Al *tos por igual* y al siempre de frente, que también incluyen algunos tropiezos y muchas *levantás*. Siempre buscando el cielo, ese mismo que nos pone los pies en la tierra y, en ocasiones, hasta en la gloria, como la que uno siente andando a tu vera y caminando rodeado de amigos, de artistas y valientes, de locos, locamente enamorados y sensatamente *bien andaos*. Enamorados al mejor son, el que redobla el tambor del corazón. Con tu gente de abajo, Señora, los adjetivos no caben ni en un diccionario; aunque sí en esa casita de madera, hasta ahora azul, donde tanto amor se genera, se diseña y se trabaja. Donde tanto amor se hace realidad y se hace amistad, donde tanto amor se dibuja con los pies y con el pincel de un fleco de bellota entregado a tu realeza y majestad, entregado a tu belleza. Belleza, sustantivo que, asignado a ti, sí que no cabe ni en toda la real academia de la lengua.

Sea como sea, por esta tierra y por estos barrios, no necesitamos consultar definiciones ni acepciones, nos basta con decirte, "¡guapa!" Y como contigo todo se nos queda corto le añadimos, "Merced, ¡guapa!" Cincuenta veces y cincuenta años, siendo y estando, ¡¡guapa!! Guapa como lo son y lo han sido todas nuestras madres. Y tú, Merced, eres una Madre mayúscula. Madre de todos nosotros y, por tanto, *guapura* para todos nosotros. Lo dicho, y requetedicho: "¡*guapa, guapa y guapa*!".

En esta santa casa y en esta gran familia, de reyes, de siervos y de servidores; de hermandad, de banda y de cuadrilla; de niños, de grupos jóvenes y mayores, de cortejo, de tambor, de costal, de coro, de costura o de teatro, somos muy particulares. Cuando todo se inicia, por aquí ya lo andamos consumando. Cuando llega el tiempo de la siembra, por aquí ya la vamos recogiendo. Cuando llega septiembre, ay septiembre, septiembre ...

Tus maternales citas sabatinas; tus concurridas y recogidas noches de triduo, de altar de luz y de fervor; tu pregón, o declaración de amor, siempre el mismo, siempre diferente, siempre irrepetible, siempre inigualable; tu puntual y madrugadora felicitación, asombrosa convocatoria, externa e interna, tocada, cantada y rezada; tu besamanos de infinito besos, miradas e invocaciones; tu rosario de amanecer, de cuentas corales, de alabanzas y avemarías que suenan a piropos de barrio, y viceversa.

... ¡Ay septiembre, septiembre! ¡Septiembre de tus amores! ¡Septiembre de nuestros amores!

Qué voy a decirte yo
que tú no sepas, septiembre,
septiembre nuestro,
septiembre vuestro,
septiembre de Ella.
Si septiembre habla,
si septiembre reza,
si septiembre canta,
si septiembre besa.

Si a septiembre,
llegando final de agosto,
ya se le ve rondando el barrio,
ya se le ve rondando el sueño.
El barrio de nuestros sueños,
el barrio de nuestros sentidos,
el barrio de nuestras creencias,
el barrio de nuestro idilio,
el barrio que amor profesa.

Intentando pasar desapercibido,
cuando todos sabemos
lo orgulloso y *presumío* que es,
cuando le *tocan las palmas*
.. a quien le apresa.

O repican sus campanas
o los vientos y metales,
los timbales y bordones
del son de Coronación.
¡Treinta años de Coronación!
Treinta años de servicio,
treinta años de lealtad,
treinta años de humildad
despertando madrugadas.
Y al llegar tu *noche blanca*,
paseando en embajada,
musicando avemarías,
abre puerta a la alegría
y a rendirte honores
a tu casa llegan.
En tu casa, siempre están.
Madre e Hijo los tutelan.

Ay septiembre, septiembre,
lo colorao que se pone,
cuando sus otros once,
le echan en cara
ese protagonismo;
aunque todos ellas tengan
su propio día veinticuatro.
Los más conformes,
los meses de agosto y mayo.

Pero ese sonrojo
le dura bien poco,
lo que tarda el calendario
en desojar
el 31 de *Octavio Augusto*.

Y el rojo se torna blanco,
blanco de pureza, blanco de paz,
blanco de luz, blanco de unidad.
Blanco de un nuevo curso,
blanco de nuevos comienzos,
blanco de nuevos encuentros,
de preludios y de abrazos.

Blanco escolar,
blanco de cal *renová*,
blanco de afán a estrenar.
Blanco de cruz
abrazada a sus niños.
Blanco de blancas esclavas,
custodiando a Dios sagrado,
sean maitines, ya sean laudes.
Siempre Dios *despabilado*.
Siempre Dios acompañado.
Siempre Dios con sus hermanas.

Blanco de septiembre,
Blanco *Zurbarán* del Zumbacón
vestido de guapo
y de *fiestas de guardar*,
de blanco altar y escapulario,
de medalla y comunión.

Qué sería de ti y de mí,
septiembre de mis amores,
-de todos vuestros amores-,
sin esa diversidad,
sin esta festividad,
sin tantos días de emociones.
Qué sería de ti y de mí,
septiembre de mis amores,
-de todos vuestros amores-,
sin tus sábados, -de Ella-,
sin su espera, sin su reina,
sin su mano, su pañuelo
sin su triduo y sus pregones.

Qué sería de ti y de mí,
septiembre de mis amores,
-de los nuestros,
y de otros inmortales amores-.
Sin esta vida y dulzura,
sin esos dedos tendidos,
donde se posan mis besos
de los que dicen "te quiero".
Flor de Dios y de blancura.

¡Dios te salve blanca y pura,
refugio de pecadores!
Septiembre, Merced rezuma.
Septiembre, qué bien nos llegas.
Septiembre, qué bien nos vienes.
Septiembre, todos a Una.
Septiembre, dichoso eres.
Septiembre, ¡qué suerte tienes!

VIII. MADRE NUESTRA Y DE JESUS HUMILDE EN LA CORONACION DE ESPINAS

Se acerca inexorable la hora de terminar. A estas alturas del relato, se nos va secando la garganta en esta proclamación de nuestro particular evangelio mercedario de tus 50 años entre nosotros. Y por esa nostalgia presentida, de que todo está pasando. Y que estamos a un solo paso de que solo seamos el recuerdo, de aquellos cuatro tenores que se atrevieron a contarle a sus hermanos, como han sido nuestros cincuenta años junto a Ti, nuestro evangelio escrito de Amor y entrega a tu religión, y se nos va encogiendo el corazón, aunque se nos agrande el alma entera.

Sí, habéis oído bien, he dicho cuatro tenores, porque dice la Rae en su Diccionario, en su segunda acepción de la palabra, que "tenor" es "el contenido literal de un escrito u oración".

Y ese ha sido nuestro deseo, desde que nos citamos para escribir esta oración coral, este relato de amor, esta declaración de entrega, y de abandono en tus manos purísimas, y en las maniatadas por nuestros errores, de nuestro Señor Humilde rey Coronado, Sacramentalmente presente, a diario, en el sagrario de tu reino, en su capilla real.

Es el "Hasta el final, contigo" de nuestro lema, que orgulloso irá bordado un día, no muy lejano, en esa insignia que presida nuestro cortejo de nazarenos blancos.

Y es que a veces, no caemos en la cuenta de que ese lema es una promesa recíproca. Así no los dijo Él, Ntro. Padre Jesús Humilde coronado y venerado en su imagen portentosa, salida de las artesanas e increíbles manos de nuestro querido imaginero Francisco Buiza.

Así lo leemos en el evangelio de San Mateo que se proclama en la fiesta de la Stma. Trinidad cuando afirma: "Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id pues y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el

nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y escuchad atentos la última frase definitiva, aclaradora, maravillosamente paternal "Y sabed que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el final del mundo".

Ahí tenéis, hermanos míos, nuestro lema, las reglas de nuestra cofradía y el cuarto voto que nos obliga nuestra adhesión a la Venerable Orden de la Merced y Redención de los cautivos. Ahí las tenéis, corregidas, aumentadas y resumidas en un párrafo dictado a los discípulos directamente por Él, Ntro. Padre Jesús Humilde en la Coronación.

Porque, no se trata de disfrazarnos un día al año y montar altarcitos de flores y cera, sino de cumplir su redentor mandato lo que nos hace que, de manera rotunda, seamos hermanos, cristianos y mercedarios. Ni túnicas, ni fajas, ni costal, ni cornetas y tambores, ni flores, ni oraciones, ni tan siquiera sacrificios que no sean respuesta fraterna a ruegos de nuestros hermanos.

Y, por si tuviéramos alguna duda, Ella, nuestra Virgen venerada, nos lo repite a diario cuando venimos a verla y se nos llena el alma de vida al escucharle susurrar entre sus labios entreabiertos "Haced lo que Él os diga".

Por eso, cuando entréis, en esta su casa, su palacio de sencilla majestad de San Antonio de Padua, aunque nos cueste, y sin dejar de mirarla a Ella por el rabillo del ojo, venid a postraros ante el Hijo de sus entrañas. Y devolvedle con el corazón contrito y arrepentido, humildes y reverentes, su promesa de amor eterno ¡Aquí estoy, Señor, ¡hasta el final Contigo!

Esa será, sin lugar a duda, la mejor oración para Ella. Y para Él. Porque, lo mejor de su maternal presencia está en el Sagrario. Es su Hijo el que nos dio su vida en la cruz, y así rescató la nuestra para la Eternidad.

Porque allí, en el Calvario redentor, nos la entregó para siempre como madre nuestra. ¡Hijo ahí tienes a tu Madre! ¿Habrase visto mayor honor, que ser LOS HIJOS DE LA MADRE DE DIOS? Y así nos lo dijo Ntro. Padre Jesús el Humilde Rey Coronado, cuando concretó quienes son madre, y sus hermanos, los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen.

No, no estamos enamorados de la madera que modela su imagen, o de su paso, del azul o blanco, para gustos los colores y la historia. NO, "estamos enamorados de la Madre de Dios" y Ella de nosotros. AMOR DE MADRE. Y rezándole a su imagen, le rezamos a la representación plástica de nuestra Madre del cielo, Madre de nuestro Señor, transustanciado sacramentalmente, en el pan blanco y el vino rojo eucarísticos. Milagro vivo, de la misma carne y la misma sangre del Redentor. Ahí reside nuestra devoción verdadera, el MISTERIO DE NUESTRA FE, como cita el sacerdote en la aclamación de la Liturgia Eucarística tras la Consagración, y nuestro lema triunfador, ¡Hasta el final, contigo!, madre bendita del Señor de la Coronación.

Nació de la misma carne
Pura, Limpia, Inmaculada,
aunque al Principio existiera
porque Él era la Palabra,
el verbo santo de Dios
y el Espíritu que calma.

Que Ella fuera la Elegida,
en la Gloria de Dios Padre,
no fue casual ni atrevido
o que Dios improvisase.

Fue decisión soberana
que de Dios fuera su Madre.
La mejor madre del mundo
que el Creador nos legase
en herencia para siempre,
Oliva blanca y celaje,
como Lope te llamó.

Esclava que se abajase
y Madre del Redentor
que todo el orbe abarcase
en su grandeza redonda.
Pan blanco que Amor renace,
Santísimo Sacramento
que en el vientre tu llevaste.
Custodia viva y real
Gloria que el mundo anhelase
Señora, Merced y Consuelo
Rosa y nardo tan fragante.
Sagrario y arca bendita
donde Dios manifestase
su Amor al género humano
y de su egregio linaje
porque eres Madre y Señora
y del mismo Dios su homenaje.

IX. CORONACIÓN CANÓNICA

Cincuenta años después, hay devociones que no envejecen: se hacen más hondas, más vivas, más nuestras. Cincuenta años de camino junto a la Virgen de la Merced, de fe compartida, de calles que han aprendido a pronunciar su nombre y de corazones que, generación tras generación, han encontrado en Ella refugio, esperanza y consuelo.

Y ahora, como si la historia quisiera detenerse un instante para reconocer lo vivido, llega también el reconocimiento del Ayuntamiento, con la réplica de la medalla de oro de la Ciudad que le será impuesta a la Santísima Virgen el próximo 17 de octubre. Un gesto que trasciende el metal y la distinción, porque simboliza el lugar que la Virgen de la Merced y su hermandad han sabido conquistar en la memoria y en el corazón de un barrio y una ciudad.

Son cincuenta años de devoción, de esfuerzo y de historia. Cincuenta años que dejan huella y que, de alguna manera, parecen abrir una puerta hacia el futuro. Y entonces, casi sin querer, la imaginación empieza a volar y ver a la Virgen de la Merced atravesar de nuevo sus calles en una procesión triunfal arropada por su gente...

Y quizá, en ese sueño que solo a Ella y a su hermandad corresponde hacer realidad, podemos imaginarla distinta y eterna: bajo un palio de gloria, con la luz de la tarde acariciando su rostro y una corona de oro ciñendo sus sienes, como símbolo de un amor que no se compra, ni se negocia, sino que se gana durante décadas de fe y reconocimiento filial. Y así de esta manera la imaginamos soberana, madre y reina de nuestras vidas…

Saliendo de San Antonio
al despertar la mañana
en el Rosario más bello
que Córdoba imaginara.
El Sol, loco por verte,
se lavó antes la cara
y salió aún más radiante
y con vestido de gala.
La Luna y miles de estrellas,
y hasta el lucero del alba,
hicieron vela esa noche,
y entre la seda y la plata,
se bordaron en tu palio
y en el vuelo de tu saya.

También te acompañaban
un piar de golondrinas,
un mar de palomas blancas,
las palmeras que a tu paso
elegantes se inclinaban,
y los que un día, gozosos,
en el cielo Tú amparabas
asidos a tus varales
con Amor te regalaban,
cantando por celestiales
salmos, cantos y hosannas.
Y "seisecillos" bailando
alrededor de tus andas.

Y abriendo Coronación,
con traje blanco de gala,
andando a Santa María
de la Asunción donde aguardan
nuestro Obispo revestido
en la Puerta de las Palmas,
el Superior de la Orden,
de la orden mercedaria,
y entre los dos esperando
hasta el mismo Nuncio del Papa.

Y cerquita, las madrinas,
las monjitas que te cantan,
locas de Amor y contento
por ser ellas designadas
para entregar la corona
que refleje tu semblanza.
Y de vuelta ¡que alboroto!
entre vítores y alabanzas
a hombros de tu cuadrilla
la que te lleva en volandas
entre el calor de tu gente
que te siguen y te aclaman.

Y al llegar a tu "basílica"
de San Antonio de Padua
el pueblo te está esperando
para verte ¡así de guapa!

Con la corona ceñida
que de Amor te regalaran,
la entrega y el sacrificio,
tornáronse de oro y plata
para ceñir esas sienes
de realeza mariana.

¿Comprendes ahora, Señora
Porque nos morimos de ganas
De verte vestida de blanco
esa imponente mañana?
Veinticuatro de septiembre
y Córdoba engalanada
Y, Tu reina y Madre nuestra
sobre tu palio de plata
paseando por tu Reino

Por la Gracia de Dios,
¡Coronada!